

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en as librerías.)

Por un mes... 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: **LUIS RIVERA.**



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**

ALMANAQUE DE GIL BLAS

PARA 1871.

Se halla de venta en las principales librerías, á 4 reales ejemplar.

Los corresponsales de provincias pueden hacer sus pedidos, abonándoles en comision el 25 por 100.

Crónica.

Algo echaba yo de ménos, sí señor, pero sin caer en la cuenta de lo que podría ser; «¿Qué te falta? me preguntaba á mí mismo; rey ya lo tienes, ó como si lo tuvieras; el órden resplandece, la moralidad se arraiga é iniciase una época de prosperidad y de bienandanza, que naciendo en la eleccion del monarca, terminará con la consumacion de los siglos, si Dios fuere servido—que sí lo será.»

Pues bien: á pesar de esto, que era incontestable para mí, notaba yo un vacío, bien así como el que se siente cuando olvida uno cualquier encargo y conserva, no obstante, una reminiscencia vaga de que tiene algo que hacer.

Por eso cuando en *La Correspondencia* tropezaron mis ojos con el nombre de *Isabel*, no pude ménos de darme una palmada en la frente, exclamando: «¡Tate! Aquí está; esto era lo que echaba de ménos; esto era lo que me faltaba: *la protesta de Isabel II.*»

¡Pobre señora! Tan bondadosa como desgraciada, gime ahora en el destierro purgando ajenas culpas y propias equivocaciones. Yo respeto su desgracia; todos debemos respetarla: no sería bien que en esta *hidalgación de caballeros* hubiera un hombre, uno solo, que no compadeciera á esa desventurada familia que, despues de haber sacrificado su salud, su dicha, sus intereses para labrar nuestra felicidad, padece ahora privaciones sin cuento, acaso miseria, por obra y gracia de algunos españoles desagradecidos y malandrines.

Allá, en Ginebra, en la ciudad republicana, ¡qué espectáculo para una reina! Isabel de Borbon pasa días amargos y amarguísimas noches, no ya porque las penas suyas aflijan su espíritu, sí solamente porque piensa en nuestras desgracias.

Desde allí, desde esa república, nuestra legítima reina ha dirigido una vez más su voz cariñosa á sus antiguos súbditos y les ha dicho: ¡ay, no puedo pensar en lo que les ha dicho sin sentir que las lágrimas se desprenden de mis ojos!

«A los españoles (dice Isabel de Borbon): Sucesos que no quiero ni debo recordar, y mi constante propósito y ardiente deseo de *hacer vuestra felicidad*, aun á costa de los mayores sacrificios, me decidieron en 1868 á abandonar el patrio suelo.» Ya lo saben todos, ya nadie puede ignorarlo; la voz del monarca no miente ni se engaña jamás; cuando Isabel de Borbon abandonó á España, lo hizo convencida de que

obrando de ese modo hacia nuestra felicidad: ¡ah! gracias, gracias.

La augusta señora que tan leal y tan sinceramente confiesa esta circunstancia, humillante acaso para otro carácter ménos elevado y ménos digno, recuerda tambien, y con oportunidad notoria, su abnegacion y su desinterés al abdicar los derechos *meramente políticos* en su muy amado hijo el príncipe de Asturias.

«Pero Dios (continúa nuestra reina) no ha querido atender todavía mis fervientes súplicas.» Calle usted, señora: si á veces le dan á uno ganas de enfadarse con Dios. Dos años suplicando fervorosamente, y nada, como si tal cosa; pues ¿de qué le sirve á uno ser buen cristiano y ardiente católico? Vamos á ver. Es que hay asunto para desesperarse; ahí un cualquiera, vamos al decir, que ni oye misa ni comulga por Pascua florida, ni nada, se propone obtener una gracia, y ¿á qué quieres boca? todo es uno, llegar y besar el santo, porque le entró á la Providencia por el ojo derecho; y llega un cuidado lleno de catolicismo, blindado de reliquias, y pide, y porfia, y molesta, y pasan años y años sin que ni el santo más insignificante se digne escucharle. Por fortuna, señora, el refran lo dice, y los refranes encierran gran fondo de verdad: «Dios aprieta, pero no ahoga.» No hay más remedio que sufrir con resignacion la desgracia; al fin no hay mal que cien años dure, y la calma sigue necesariamente á la tormenta. Vea Vd. cómo puede ir pasando su triste vida ¡triste, muy triste, ya lo comprendo! sin amigos, sin recursos, abandonada á sus propias fuerzas, y sin más amparo ni otro apoyo que algunos miserables millones, que no dan la felicidad, antes al contrario, producen desvelos y cuidados.

Afirma doña Isabel de Borbon que su hijo es *nuestro rey legítimo*, y esto prueba una vez más la desgracia inaudita de tan bondadosa señora: alejada de España hace ya dos años, sin noticias de lo que aquí pasa, juzga, por lo visto, que los españoles continúan, como en los tiempos felices de su magnánimo padre, creyendo en los reyes de derecho divino; entiendo que las naciones son patrimonio de determinadas familias; juzga que su hijo heredará el dominio de las Españas, como el ganadero hereda los rebaños: ¡ay! no le digan Vds. que todo eso ha desaparecido para siempre.

Dejémosla decir—*triste consuelo de su pena honda*—que su dinastía es la *única que tiene á su favor la legitimidad secular y política que ha sido insigne desvarío desconocer*: y ¿cómo si ha sido desvarío? ¡Pobre señora! Dejémosla ignorar siempre que en España hay—en este asunto—diez y siete millones de orates.

La desgraciada reina da rienda suelta á su amor maternal, y ruega á los españoles que reparen una tan grande violacion del derecho, de la cual es víctima un *inocente niño*, que no puede ni debe ser responsable de los errores injustamente atribuidos á sus antepasados.

¡Niño desventurado! Isabel de Borbon comprende bien, porque el corazón de una madre todo lo adivina, que el ser rey sería una felicidad para su hijo; por eso le llama víctima.

Víctima, sí, porque todo es relativo en el mundo.

Yo sé perfectamente que muchos padres, muchos, la mayoría de los padres, ambicionarian para sus hijos la triste suerte del príncipe Alfonso, destronado y todo.

El obrero menesteroso que contempla con el llanto de la desesperacion al infeliz niño, aterido de frio en una bohardilla; el menestral honrado que padece tormentos indecibles viendo malograrse las disposiciones felices de su hijo por falta de recursos para proporcionarle medios de desarrollarlas; la desconsolada viuda que ha de mendigar para atender á la subsistencia de su hija, no pueden inspirar tanta compasion como esa reina desdichada y ese pobre hijo, víctimas ilustres de nuestra perfidia y de nuestra ingratitud.

Al fin esas pobres gentes, los mendigos, los jornaleros, el populacho, la plebe, en una palabra, están hechos ya á sufrir: el hambre y el frio son para ellos lo ordinario, y curtidos para una y para otra cosa, no son sensibles á este ni se afligen mucho por aquella. Despues, ¿qué comparacion puede establecerse entre un descendiente de reyes y un descendiente de vasallos?

Alfonso no padecerá frio, no sufrirá hambre, reposará en blando y mullido lecho, entre fina y perfumada Holanda. Para él serán asequibles las artes y las ciencias, si por ventura es á ellas aficionado; podrá viajar, no conocerá la escasez; pero ¿qué vale todo esto para quien contaba sentarse en el trono de San Fernando? ¿No han de parecer insulsos y deslabazados todos los placeres á quien pensó en ser rey y no puede proporcionarse, por via de distraccion, el espectáculo de fusilar á sus súbditos?

La reina (q. D. g.) á pesar de esto no apelará á las armas ni á la violencia; así lo declara (gracias, señora, gracias); y hecha esta declaracion, concluye esperando «la restauracion, que á la vez de llenar de júbilo mi corazón de madre, me consolará de la pena que me causan, no las mias, sino vuestras desgracias.»

Yo, despues de leer estas elocuentes frases, creo que están todos los españoles en la obligacion de hacer saber á nuestra benigna soberana para su consuelo que no son tantas nuestras desgracias como presume.

Que dos años de ausencia monárquica han convenido al país de que sin reyes las cosas pasan ni más ni ménos lo mismo que con ellos.

Sin rey hemos vivido más de dos años, y ni el aire nos ha faltado, ni la cosecha se ha perdido, ni la gente ha dejado de divertirse, ni ha cesado de alumbrarnos el sol.

Si lloramos desgracias—que eso no falta nunca—no es seguramente la falta de rey lo que lamentamos: conste así, y que estas consideraciones mitiguen algun tanto el acerbo dolor que por las desdichas de España experimenta el magnánimo corazón de Isabel II.

A. Sanchez Perez.

EL REY Y LA PORRA.

ODA BUFA.

¡Dádme, dádme una lira,
hecha, no de marfil, de una chuleta,
para cantar la gloria que me inspira
esta revolucion que en torno gira
de un ideal que se llevó Pateta!
Para robar tu fuego ¡oh casta Clío!
en el Parnaso me colé de gorra,
diciéndote:—«Al avío,
ó se arma aquí camorra.»
Con que paciencia, musa, el lábio cierra,
ó para darte guerra
te enviaré la Partida de la Porra,
que es lo más fino que nació en mi tierra.

¡Señor, esto es vivir! ¡Esto se llama
dar suelta á la moral y el premio al justo!
Publicalo la fama;
ya no hay galan ni dama
que no reciba ejemplo en todas partes
de lo que alcanza en la moderna Iberia
el que, súbdito ayer de la miseria,
hoy da culto á las artes
del bien vivir y del pegar con gracia,
frutos de la moderna democracia.

El español es libre, dice un texto;
¿qué tenemos con esto?
Si hace usted uso á la manera suya
(que á mi manera puede ser contraria),
no cante usted aléluya,
porque la libertad, tan rica y vária,
si le autoriza á usted á denunciarme
al público concurso,
me deja á mí el recurso
de darle un garrotazo
en la misma mitad del espinazo.

¡Venid, almas de roble, que en el campo
de oposicion estéril
vegetais sin unir al coro inmenso
vuestra voz irritante;
venid, echad incienso,
y proclamad la situacion triunfante!
¿Que no hay dinero me decís? ¡Ah torpes!
Desde la altura del poder quisiera
contemplar esa España en regocijo
que da á la patria un hijo
por patriotismo puro,
el cual despues, si su país se niega,
por no tener un duro,
á pagar lo que el fisco le demanda,
con marcial paso llega
y á tiros ¡ay! el corazon le ablanda.
¿Qué no hay dinero? ¡Y el que ayer descalzo
rondaba la plazuela,
hoy cruza en elegante carretela!
¡Qué! ¿No es bien cierto que en favor del pobre
los consumos cayeron,
y solo el egoista
y libre almacenista
de los consumos las ventajas vieron
al compás de la gloria progresista?

¡Ay! cuando venga el rey (¿vendrá, señores?
me parece que no)
y quiera conocer los pormenores
de nuestra Hacienda, le diria yo:
—«Ciudadano, hubo tiempos venturosos
en que era España una nacion de hombres
ricos y valerosos;
quedan de ellos los nombres
y nada más: aunque el rubor me vengza,
no hay un cuarto: si reinas en mi patria
nos coges sin dos reales de vergüenza.»

¿Libertad? La gozamos y muy grande,
siempre que con don Juan no se desmande.
Una partida de españoles netos
regula su medida,
y hechos autoridad por sus respetos,
el límite señalan conveniente,
hasta que al fin la gente
pueda exclamar:—la libertad es esta:
decir lo que á don Juan no le molesta.

Con que queda probado
(y dispensad la prosa de este verso)
que está bien arreglado
este pobre rincón del universo.
No cobra más que el militar activo;
el tres por ciento á cero;
pide ya la moral su correctivo;
tiene la Porra al español cautivo;
y el rey piensa venir: ¡anda, salero!
El riesgo es inminente;
¿quién es el rey que nuestros males borra?
Si es un rey progresista solamente,
va á llamarle la gente
el rey de la Partida de la Porra.

Luis Rivera.

LA PROTESTA DE ISABEL.

Desde una apartada y tranquila república federal,
á donde ha ido Isabel II á buscar la paz y seguridad
que no encontraba en los países monárquicos, nos ha
remitido la ex-reina un papelito en que protesta so-
lemnemente del despojo que comete España contra la
familia Borbon, disponiendo de sus destinos.

Yo confieso que desearia conocer el extraño efecto
que ha de haber producido en aquellos rancieros y cas-
tizos federales el lenguaje de su huésped, que con la
mayor formalidad habla del derecho legítimo de los
reyes en general, y de los de su muy amado hijo en
particular; porque si á los que hemos vivido debajo
de la monarquía nos suena á jerigonza ese habla,
¿qué no les sucederá á los que, acostumbrados á vivir
en libertad como ciudadanos, ó sea como personas,
¡lean ese régio guirigay?

Doña Isabel II, que en 1854 achacaba á once años de
lamentables equivocaciones todas las tropelias que se
habian de consentir á los que ella elegia, destitua y
volvía á elegir para gobernarnos, se excusa ahora
con su último gabinete de las otras tropelias que otros
once años duraron.

La cosa es natural, y hay que hacerse cargo de la
situacion de la señora.

Admitamos la circunstancias atenuantes en favor
suyo; tanto más cuanto que, hallándose fuera del tro-
no, de la patria y del domicilio conyugal, es de supo-
ner que, falta de consejos y de tranquilidad de espíri-
tu, algo turbada debe de tener la inteligencia.

A no ser así, ¿cómo diria que al abdicar en 25 de
junio último lo hizo creyendo que cometia un acto
de abnegacion? Ningun moralista ha dicho que fuese
acto de abnegacion el de la zorra que no pudo trepar
á la parra. Y cuando en 25 de junio último tuvo doña
Isabel la dignacion de repetir: *no están maduras*, no
hizo más que poner en accion la fábula, que *mutato
nomine, de illa narrabatur*.

Una verdad enorme se encuentra en ese documen-
to, y es que Dios no ha querido todavía atender á las
fervientes súplicas de Isabel para que volviésemos á
entregar á España á los Borbones.

Esta verdad merece la más sincera corresponden-
cia, y por lo mismo, si va á decir verdad, siempre me
habia figurado yo que Dios se mostraria algo moroso
en atender á las súplicas de la que fué nuestra señora.

Yo no sé qué chismes y enredos le habrán ido á
contar á Dios sobre los reyes; pero le veo de algun
tiempo á esta parte muy frio con ellos, y los deja des-
tronar, desterrar y fusilar, sin que parezca que le im-
porta gran cosa.

Ello será efecto de alguna intriga de la plebe: no
me atrevo á asegurarlo; pero algo hay.

Por lo demás, sobre este punto, bien conoce doña
Isabel que no podemos hacer nada en favor suyo.
Cuando ni Dios quiere, ¿cómo hemos de querer nos-
otros?

A la penetracion de la ex-reina no puede ocultarse
una cosa muy sencilla, y es que si ella no es respon-
sable de las atrocidades cometidas por sus ministros,
ménos podemos nosotros ser responsables de la con-
ducta que con los reyes observa Dios, á quien no he-
mos nombrado, ni podemos destituir, porque no es
dependiente de nuestro ramo.

La señora de Bourbon se lamenta de que el trono
del extranjero Carlos V vaya á pasar ahora á otro
extranjero, porque la revolucion desconoce los dere-
chos de su hijo Alfonso.

Nosotros le podriamos decir:—¡Ay, señorita de mi
alma! cuando la revolucion desconoce sus propios de-
rechos y mantiene privilegios para el catolicismo, y
gasta dinero en lo que más daño le ha hecho, ¿qué
tiene de particular que se olvide de ese régio chi-
quillo?

Pero esto acaso le causaria demasiada pena, porque
ella, segun confesion propia, quiere más nuestra feli-
cidad que la suya, y cuando ella lo dice, me parece
que sabido lo tendrá.

Lo que me ha gustado en el documento es esa ma-
nera de querer ser el único y verdadero Juan María
Farnia: si se escucha á esas familias, todos son los
únicos y legítimos reyes de todos los pueblos necios.

Tambien á la señora le da por ahí, y asegura con
un aplomo sin igual que yo y los demás españoles
tenemos el compromiso de vivir siempre debajo de su
monarquía.

No nos enfademos: al contrario, oigámoslo con cal-
ma, y hasta autoricémosla que pruebe prácticamen-
te

que no podemos ser víctimas de otro régio botarate.

Siento que Isabel II diga que desvariamos al des-
conocer la legitimidad de una dinastía como la que
nos trajo el estúpido Carlos II; pero no lo siento mu-
cho: me carga un poco el ver que mis compatriotas,
con su apego á los reyes, den ocasion para que se les
digan esas cosas; que en cuanto á mí, bien limpias
tengo las manos, y nada he tenido ni tendré que ver
nunca con cosas de trono.

En resumen, el documento es una protesta de for-
mulario, en cuyos párrafos consta que la desposeida
sostiene su derecho de abdicar y el derecho de su hijo
á poseer.

Yo creo que lo mejor es esperar á que el chico Al-
fonso sea mayor de edad y litigue por su cuenta,
como han hecho los Montemolines y niños tersos.

El escrito interesa, pero no conmueve profunda-
mente. Está uno ya tan acostumbrado á ver reyes
protestando, despues de salvarse huyendo, que no
hallo novedad en esas cosas.

Confieso que me conmovió más *El Terremoto de la
Martínica* que todas las protestas de los reyes. Si, si,
soy franco.

Roberto Robert.

FESTEJOS.

No soy envidioso, ni lo he sido, ni espero serlo—en
buena hora lo diga;—aseguro á Vds., no obstante, que
si por acaso me pasara por la cabeza el mal pensa-
miento de envidiar la suerte de un mi prójimo, nin-
guna como la del nunca cual se merece celebra-
do *Mr. Martín* envidiaria.

Y cosa extraña, si poco tengo de envidioso, tengo
todavía ménos de compasivo—que estas malditas
ideas federales que desde antiguo profeso han endu-
recido mi corazon:—pues bien, Mr. Martín, para que
todo sea peregrino, me inspira, á un tiempo mismo,
lástima y envidia.

Lástima, por el incesante trabajo que le ha caido
encima; envidia, por lo agradable de su posicion pre-
sente y por lo empingorotado de su posicion futura.

¡Qué trabajar, señor!

Por la mañana un despacho diciéndonos que la co-
mision está á la vista; dos horas despues otro notifi-
cando que ya ha llegado; un tercero luego para ad-
vertir que los ha contado y vienen todos justos y com-
pletos: al cabo de un rato que van á verificar su triun-
fal entrada... ¡Vamos, que no me explico cómo vive
aun nuestro representante!

Pero, á pesar de todo, ¿es moco de pavo eso de re-
latar las ovaciones de que la comision ha sido objeto?

Aquellos inocentes italianos apiñados en las calles
y en los balcones viendo pasar á los habitantes de
una nacion extraña que han encargado á su país un
rey; aquellos arcos de verde follaje en honra de Ruiz
Zorrilla y compañeros; aquellas banderas entrelaza-
das, abrazadas, besándose quizás; ¡ah! digo á ustedes
que me conmuevo. Yo no soy para ver estas cosas.

Luego Montemar ha dicho que se han dado *entu-
siasias vivas á España*. ¡Cielos! ¿Será posible? ¿Con
que han dicho *viva España!* casi todos los que no
saben cuánto queremos aquí á Amadeo? ¿Lo ve us-
ted, hombre, lo ve Vd.? Vamos, si aquella gente...

A bien que no es difícil que el entusiasmo de allá
corra parejas con el de aquí. Por un mismo camino
ha hecho el viaje la noticia telegráfica que dice con-
cretamente: «Entusiasmo indescriptible.» Y respecto
al de aquí, ya sabemos á qué atenernos.

Pero donde Montemar da ciento y raya al mismo
Moratin que describió *la fiesta de toros*, es al darnos
cuenta de los festejos que para esparcimiento de la
comision ha dispuesto.

Miren Vds.:

«*Núm. 1.*—Dia 3.—Desembarque de la comision,
que será llevada en diez coches de la real casa y seis
de la legacion.—Vivas á España.—Himno de Riego.»

Mucho me gustaria á mí ver á un diputado espa-
ñol en un coche de la real casa de Víctor Manuel.

«*Núm. 2.*—A la seis y media de la tarde, gran co-
mida.—Himno de Riego.—Vivas á España.—Discur-
so acerca de la *moralidad* á los postres.»

Este *núm. 2* es progresista puro.

«*Núm. 3.*—Dia 4.—A las once recibe S. M. á la co-
mision.—Los coches de gala de las Cortes conducen á
los comisionados.—Vivas á España.—Reparto del di-
nero que llevó Ruiz Zorrilla.—Cantata *núm. 22, Dia
feliz, dia feliz, etc.*»



—¡Signorino, io sono il Re que vene hispagnolisado!

Y el que venga atrás que arree.

«Núm. 4.—Gran comida en palacio.—Encurtidos de moralidad.—Postres de entusiasmo.—Himno de Riego.—Vivas á España.—Fuegos artificiales.»

Ya oigo decir al lector malicioso: «Calle Vd., hombre; comisionado habrá que pregunte si en palacio comen *puchero* los reyes como hacen aquí los que pagan contribucion para sostenerlos; y no faltará quien coma con guantes por creerlo más decente.»

No, hombre, no; yo creo, tengo casi seguridad de que no sucederá eso, qué diablo.

Este núm. 4 va á ofrecer pasto á los gacetilleros de oposicion.

«Núm. 5.—Dia 5.—Gran comida con vivas á España, discursos de moralidad y acordes del himno de Riego.»

«Núm. 6.—Dia 6.—Los progresistas van al teatro de la Opera: uno se admira de que todos los coristas canten á un tiempo.»

«Núm. 7.—Dia 7.—Y dale con la comida, y los himnos, y los vivas á España, y la salsita de la moralidad.»

Et sic de ceteris.

¡Tanto comer para traer un rey que parece una espina!

Pero el chiste de Montemar está en que despues de relatar el sín número de comidas que prepara á la comision, exclama:

«He procurado, como V. E. ve, todo el honor posible á la representacion española.»

Montemar supone, fundadamente acaso, que su patria se ha convertido en una nacion de hambrientos, y quiere que la comision, mientras esté en Italia, olvide los malos ratos que por aquí pasan sus paisanos, y no piense en los que aun les faltan por pasar.

Pero vamos claros, ¿no es cierto que la lectura de los últimos telegramas abre las ganas de comer?

CORZUELO.

EL SEÑOR MORET.

¡*Ecce homo!*

¿Habrá poca gente que todas las noches vea en sueños al nuevo ministro, fuera de los que desvelados piensan en él noche y dia?

¿Quién es el español que recibe hoy por hoy más cartas diariamente? El Sr. Moret.

¿A quién se endilgan más solicitudes, más planes, más proyectos, más Memorias? Al Sr. Moret.

¿De quién se habla más en cafés, en redacciones de periódicos, en entreactos, en la Bolsa y en las casas de los cesantes que todavía tienen casa? Del señor Moret.

Se le biografía, se le declina, se le atisba, se le deprime, se le ensalza, se le ridiculiza, se le adula... Despues de hablar del Sr. Moret, como los dias son tan cortos, apenas queda tiempo para nada.

—Pero diga Vd., ¿estoy aterrado! ¿Es verdad que el Sr. Moret va á hacer rebaja en los sueldos?

—Diga Vd., ¿estaremos tan dejados de la mano de Dios, que al pobre clero se le quite parte de la paga por exigencia de ese Sr. Moret?

—¿No me dijo Vd. el año pasado que conocia al señor Moret? Pues venga en seguida la recomendacion. Aprovechemos el momento oportuno: en caliente, en caliente.

Sale un periódico y comunica que el Sr. Moret no hará alteracion alguna en el alto personal de su ramo.

Se esponjan muchos semblantes, brillan muchos ojos. Se tranquilizan ánimos.

Voces.—Es un caballero.—Y muy simpático.—Nunca fué exagerado en sus ideas.—Y es persona muy fina.—Y dicen que lo hará bien.—Como que tiene talento.

Sale otro periódico:—«Es indudable que para realizar sus proyectos, el Sr. Moret se verá obligado á introducir alguna variacion en el alto personal de su ministerio.»

Voces.—

No me atrevó á copiar lo que esas voces dicen. Su- pongan Vds. lo más atroz, lo más cruel, lo más inhumano.

¡Alterar el personal!...

Mil parientes, mil amigos, mil gorriones de los altos empleados dicen improprios, que acaban siempre así: Para eso mejor estábamos en tiempos de Gonzalez Brabo.

Porque hay en España millares de personas honradas que no se alteran si se fusila, si se atropella, si se aporrea, si se asesina; pero en tratando de variar el personal de un ministerio... ¡es el diluvio!

Hay escribiente que viendo á su jefe inmediato poco satisfecho del nuevo ministro, se atreve á preguntar empujando con desden el lábio:

—¿Quién es ese Moret?

¡A todo esto se halla expuesto un ministro de Hacienda!

A bien que no menores exposiciones son las de la Hacienda española.

Apenas dice un diario ministerial que han sido aprobados unos proyectos del Sr. Moret.

Se oyen cien voces decir: Ya me figuro á qué se reducirán.

¡Y se figuran unas cosas!

La mayor parte procuran figurarse lo más disparatado para achacárselo al que carga con la cartera.

¡Oh! Pero si acciones heroicas se premian en España, el heroísmo del Sr. Moret merece gran premio.

El que más va á ganar con su nombramiento es el Sr. Figuerola, que se frotrará pronto las manos de gusto, exclamando:

—¿No decian que yo lo hacia tan mal? Pues otro ha venido que bueno me ha hecho.

Dentro de poco tambien, al salir el Sr. Moret del ministerio, repetirá como todos sus antecesores:

—¡Si me hubiéseis dado tiempo!...

Porque en España se ha tomado al pié de la letra aquello de que el tiempo es dinero.

Así los ministros, en vez de decir: «Si me hubiesen dado fondos,» dirán que lo que les faltó no fué sino tiempo.

Hay vieja que estos dias sigue los pasos del señor Moret, creyendo que lleva en el bolsillo todo el dinero de España.

¡Y puede que sea verdad! Cabe, bien cabe.

Los libre-cambistas dicen de él que va á perderse

porque no tendrá el suficiente valor para plantear de lleno sus proyectos.

Los prohibicionistas dicen que se va a hundir porque va a abrir demasiado la mano.

Los viejos reaccionarios se rien de él porque dicen que es un chiquillo. Los compañeros de colegio, ya es sabe, ¿cómo ha de tener talento si ha estudiado conmigo?

Los émulos de todas clases:—Vamos a ver cuándo salen esos planes tan secretos, tan misteriosos: siempre serán el parto de los montes. Y pasarán años, y aunque el nuevo ministro hiciera (que no lo hará) nadar a España en un mar de oro, líquido y potable, se acabaría por decir de él:

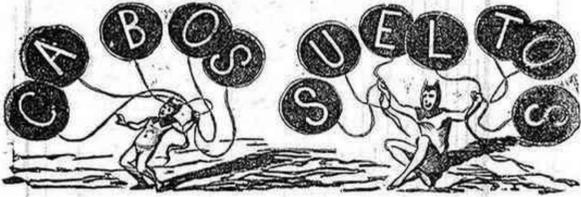
—Lo único bueno que hizo fué arreglar un poco la Hacienda.

Y lo peor de todo es que no hay ni puede haber Hacienda.

No se le negará al Sr. Moret que a lo menos tiene imaginación.

Cree en la Hacienda, y este error le ha precipitado en el abismo del ministerio.

Roberto Robert.



Dice *La Idea*, revista semanal de instrucción pública, que la cuestión de pago a los maestros se ha planteado ya resueltamente en Consejo de ministros.

Entonces ya somos felices.

Planteada en Consejo de ministros, se aplazará para presentarse a las Cortes; las Cortes tratarán de más importantes asuntos.

Los maestros, entre tanto—digo los que no se mueran de hambre—podrán regocijarse y esparcir el ánimo leyendo las sesiones en que se hable de *los millones* que vamos a pagar al joven rey.

Esto siempre consueta, y nutre, y fortifica.

La dotación del rey no pasará de 20 millones de reales; pero el Estado echa sobre sí algunas cargas del patrimonio; de modo que va a salirnos este rey como la otra reina: si no mejora el servicio, como es probable que no mejore, habremos de suprimir el salario.

El claustro de la Universidad acordó la supresión de las enseñanzas populares que se habían establecido en el edificio de la Universidad.

¡Llor al claustro!

Después de la famosa alocución del nuevo rector, solo ese golpe le faltaba para *eternizarse en el poder*.

El rey leonino piensa protestar. Hombre, sí, que proteste y... ¡que baile!

Continúan los rumores de crisis. Calma, calma, prudencia, que para todos habrá. Señores, ¡que no se diga!

El rey de Prusia se ha permitido faltar a la verdad en uno de sus últimos partes. Lo conocí en que anunciaba una victoria y no daba gracias a la Providencia.

Isabel de Borbon dice que ruega a Dios por nuestra felicidad.

Muchas gracias.

Recuerdo con este motivo el célebre epigrama de Iglesias, que termina:

«Con linda flema te vienes;
ten, y ruega a Dios por tí,
que más necesidad tienes.»

Anteayer entró Moret en el ministerio de Hacienda, y ayer le hacia la guerra *El Imparcial*.

Esta unión monárquica es deliciosa.

¡Pero, hombre, por favor, dejad a ese bello joven que se desenvuelva!

En la aduana de Cádiz han detenido los instrumentos astronómicos que para observar el eclipse del día 22 traían algunos comisionados extranjeros.

Pero señor, ¿acabaremos alguna vez de estar en ridículo?

Doña Isabel ha publicado una protesta contra el nombramiento de rey.

Doña Isabel dice que ella ha cometido la tontería de abdicar, en la creencia de que elegiríamos a su *Puigmoltejo*.

¡Qué cosas cree doña Isabel!

Lo más particular es que nadie hace caso de la protesta de doña Isabel.

Apareció un día, se dió cuenta de ella, y nadie volvió a acordarse de tal cosa.

Yo mismo, si me ocupó hoy de ella, es porque ya me cansa Montpensier.

Hoy habrá en el palacio de la regencia una gran comida oficial.

Contento se pondrá Ruiz Zorrilla cuando lo sepa.

Una parte de la comisión de las Cortes regresará a Madrid para dar comienzo a las sesiones; la otra parte permanecerá allí para conducir al monarca.

De suerte, que unos y otros nos traerán algo.

Los primeros serán *traedores* de la aceptación: los segundos serán *traedores* del rey.

Compadezco mucho a los primeros; pero más compadezco a los segundos.

Tenemos una magnífica circular, ó cosa así, del ministro de la Gobernación al gobernador de Madrid sobre los sucesos del teatro de Calderón.

Pero no tenemos a los autores del atropello en la cárcel.

En cambio, al día siguiente de la reunión del circo de Price los republicanos Lafuente y otros estaban a la sombra.

Verdad es que estos últimos no habían cometido delito alguno, y era muy justo que se los persiguiese por los que no encuentran nunca a los autores de la Porra.

Parece que los italianos se alegran del nombramiento de Aosta para rey de España.

Me lo explico.

Pero de la misma manera me explico que no nos alegremos nosotros.

Al fin los salvajes van aprendiendo algo de los católicos.

Tenemos la satisfacción de anunciar que los misioneros americanos han sido expulsados del Norte de la China, con la misma intolerancia con que el católico más puro podría rechazarles a ellos.

Me gusta la comunicación del Sr. Rivero al gobernador de Madrid: está bien inspirada y bien escrita: respira democracia, respira anhelo de justicia.

Pero ¿se va a quedar en papelitos el último atropello cometido por los de la Porra?

¿Se va a practicar justicia, sí ó no?

Sepamos de quién hemos de reírnos, si de los tribunales, de las autoridades civiles ó de las víctimas.

Parece que la justicia ha empezado a hacerse despojando al editor Moret de los ejemplares de la comedia titulada *Macarronini I*, que ya se había representado veintitres noches con grande aplauso y sin oposición de la autoridad, hasta que la Partida de la Porra cometió el escandaloso atentado que conoce el público.

¡Ah! Es claro: si el guardian juega a los naipes, ¿qué harán los frailes?

Ya no es solo el ayuntamiento de Madrid el que no se reúne por falta de asistencia de señores concejales. En varias provincias sucede lo mismo.

La elección del rey italiano ha producido un efecto de los más lisonjeros.

En Jerez de la Frontera han señalado los fieles 1.500 rs. a unos párrocos y 800 a otros.

Nada más justo.

Eso, eso, el que quiera misa la paga; los que gustan de presbíteros los subvencionan, y en paz.

Ya se ha concluido el nuevo teatro de la calle de Santa Brígida.

Con que prevenir los garrotes, y a él.

Seis panaderías van a poner por su cuenta los trabajadores de Cádiz.

Indudablemente: cada día están haciendo mayor falta los reyes.

La sociedad va a la barbarie.

¡Hacer panes sin reyes!...

Dicen que corre el rumor de que Garibaldi ha sido herido por uno de los suyos.

Debe ser una inexactitud.

Quien fué verdaderamente herida de muerte por todos los suyos, fué doña Isabel de Borbon.

Pero de esto ya hace dos años.

También el Papa va a hacer su protesta cuando entre Víctor Manuel en Roma.

Hasta ahora habían protestado los pueblos; algún día os había de tocar, camarada.

Dice un diario progresista que el Sr. Ruiz Zorrilla, al pronunciar su discurso en pro de la moralidad a bordo del *Villa de Madrid*, enarboló la bandera de la disidencia en su partido.

Me parece buena traducción.

Si hubiese dicho: «Comed todos en brillantes restaurantes, cenad en la Iberia y dormid en el Casino,» habría enarbolado la bandera de la reorganización.

Lo voy aprendiendo.

En Cádiz la autoridad ha mandado cerrar el Centro de sociedades obreras.

Antes ya había cerrado la sección de panaderos de dicho Centro.

¿Con que al nuevo rey se le dará la misma cantidad que se daba a la antigua reina?

¿Es decir, que por mucho que se empobrezca España, no ha de reducir su fausto?

Pues señor, comprendo por qué hay rojos.

Las cátedras de la Universidad de Sevilla están cerradas, y las del Seminario abiertas.

¿Y por qué no poner nueva escuela de tauromaquia? Presos por mil...

Cuando el municipio de Madrid pueda celebrar sesión por ser bastantes los concejales que se reúnan, prometemos anunciarlo, como una de las mayores rarezas que ocurran en Europa.

A poca cosa nos comprometela promesa. Me parece que cuando esto suceda, el asno, el rey ó yo ya habremos muerto.

Aventuras clericales.

Ha sido preso el cura de Benicasin (Castellón) por haber leído en el púlpito un escrito del obispo de Tortosa contra el matrimonio civil.

Nota. No ha sido preso el obispo de Tortosa, autor de un escrito contra el matrimonio civil, cuya simple lectura ha dado motivo a la prisión del cura de Benicasin.

Los federales de Murcia han incoado causa contra el secretario de aquel gobierno civil por abuso de autoridad.

¡Venga esa mano, federales murcianos! Así se forman los pueblos libres y los partidos honrados. ¡O ha de desaparecer de España toda idea de justicia, ó al partido republicano se ha de deber su triunfo!

Dice *La Iberia* que Aosta será esto, y será lo otro, y, en fin, habla de él como no podría hablar la misma madre que lo parió.

Se dan casos en que el instinto suple con ventaja al conocimiento.

Las Novedades recuerda el reinado de José Bonaparte, y dice de él que fué breve é intranquilo.

Es mucha verdad. Dice con este motivo que las monarquías no se imponen contra la voluntad de los pueblos.

Es mucha verdad. Nada más dice; yo, por mi cuenta, añado que esto ni más ni menos sucederá al desdichado Amadeo, si llega a venir, que lo dudo, y añado también que lo mismo hubiera sucedido con Montpensier.

Dicho sea esto sin ofender a *Las Novedades*.

El Sr. Moret trata de introducir variaciones en el alto personal de Hacienda.

Pero... vamos, ¿cuándo nos explica su plan?

CHOCOLATES DE MADRID.

COMPANÍA COLONIAL.

FÁBRICA MODELO FUNDADA EN 1854.

ONCE MEDALLAS DE PREMIO.

CAFÉS Y TÉS SUPERIORES

Depósito general, Mayor, 18 y 20.

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.